

LA SÁTIRA DE ALGUNOS ASPECTOS ROMÁNTICOS EN LA POESÍA FESTIVA DE ARÓLAS

El sentido del humor, la vena jocosa y burlesca, la parodia y la sátira como elementos configuradores de una línea poética cómica no parece que deban ser muy frecuentes en un movimiento literario que suele caracterizarse, de forma un tanto simplificadora, como apasionado, grave, melancólico, pesimista, etc.. Sin embargo en la época romántica no puede ignorarse una tendencia literaria opuesta al sentido trágico de la existencia, que empieza, entre otras cosas, a criticar en su más amplia acepción diferentes aspectos literarios del Romanticismo.

El objetivo de estas sencillas y breves líneas es mostrar cómo un poeta no muy humorístico, el Padre Arolas, también cultivó esa corriente cómica, «festiva» la etiquetaron sus principales críticos, me refiero a José R. Lomba ¹ y Luis F. Díaz Larios ². En esa línea casi una veintena de poemas no pueden considerarse una gran producción en un poeta tan prolífico, en cuya edición más completa de su obra se incluyen más de trescientos poemas, pero al menos indica que no fue totalmente ajeno a la otra cara del Romanticismo, entre cuyas intenciones se contaron el hacer reír y el aleccionar.

Por su parte Arolas, ya en su última etapa, más o menos a partir de 1840, empezó a cultivar este tipo de poesía que Díaz Larios muy bien ha caracterizado, de «intención desmitificadora... escepticismo irónico... prosaica» y que realiza una «crítica benévola, superficial de una sociedad...»³. Poesía que contrastaba con la realizada anteriormente y que le había dado fama notoria.

En la mayoría de estos poemas «festivos» nos encontramos con sátiras, cuya finalidad es censurar vicios o defectos sociales, pero en los que en breves dosis se hallan algunas críticas despectivas hacia ciertos aspectos o rasgos tópicos del romanticismo literario de la época. Así, por ejemplo, en «La maestra y las novicias», se percibe el carácter paródico en la descripción del típico ambiente nocturno, tan del gusto romántico:

¹ *El P. Arolas. Su vida y sus versos*. Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1898. Además Lomba realizó la edición de *Poesías del P. Arolas*. Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos nº 95, Madrid, 1958.

² *La obra poética de Juan Arolas*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Barcelona, 1975. Además Díaz Larios realizó la edición de *Obras de Juan Arolas Bonet*. Atlas, B.A.E., 3 vols, Madrid 1982. Edición que utilizamos para citar los textos de Arolas, así entre paréntesis se indicará en números romanos el volumen y en números arábigos la página.

³ «Estudio preliminar», de Díaz Larios de la edición anteriormente citada, Vol. I pp. CXXI-CXXII.

— «Una cruz de tosco leño Bajo
el ciprés respetad, Que allí
duerme mortal sueño Sor Inés...
(III,195)

«Una noche (nunca el suelo
vio noche más enlutada,
ni el claustro de más desvelo.... (III,196)

En ese marco que sugiere y parodia el ambiente claustral, tan habitual en los dramas románticos, se hace una referencia cómica a la figura satánica del don Juan:

Que era un hijo de Satán;
Un maligno tentador,
Un enemigo infernal,
Que a la virgen del Señor
Miró con placer carnal. (III, 196)

También la burla sobre el supuesto amor fidelísimo, en este caso religioso, aparece en forma de parodia, con el consabido uso de los artilugios que provocan amor, ya sean venenos, brebajes o variedades similares:

... jah! cada beso Tuvo un tósigo
mortal, Que en la edad del
embeleso La hundió en tumba
funeral»
— «¿Con que del susto murió?»
— «Lamentando su deslíz
En mis brazos expiró
Deshecha en llanto.» — «¡Infeliz!» (III, 196)

Este carácter de advertencia para con los amores apasionados adquiere en Arolas una diferente matización en «La madre ciega», poema eminentemente mora-lizador, pues se avisa a la supuesta hija casquivana de su falta de recato.

El amor en sus diferentes facetas será el tema primordial de estos poemas festivos, aunque en la mayoría de los casos se nos presenten situaciones en las que ya no tiene lugar el típico y romántico amor apasionado, absoluto. Así desmitifica la fidelidad amorosa en «La semana», a través del tópico del burlador burlado. Al mismo tiempo recrimina el comportamiento amoroso de los amantes libertinos. O en el poema «Cinco meses de matrimonio» nos expone, mediante un diálogo entre dos personajes, el Señor y

el ayuda de cámara, la progresiva indiferencia del marido respecto a su mujer, cuya temática recuerda lejanamente al soneto de Que-vedo: «Hastío de un casado al tercero día».

En otros tres poemas se nos plantean diferentes disposiciones de contrarios, en las cuales el amor se somete a valoraciones opuestas. «El matrimonio y el celibato» es el típico debate sobre las ventajas y desventajas de uno de los dos estados. «El hombre vivo y muerto» tiene una amplia temática, en la que mediante una serie de controversias se establece una relación de gustos y preferencias del propio autor sobre los asuntos más variados. Lo cómico reside en esos contrastes que, en su mayoría dotan al tema amoroso de un carácter picante. «La serrana» nos presenta un diálogo entre el autor-narrador y una serrana, con lo cual el poema se inserta en esa línea de lírica popular española. Ese personaje tradicional responde con mayor o menor ocurrencia a los párrafos del narrador, dejando traslucir en sus palabras cierta ironía y parodia de algunos lugares comunes de tópicos poéticos que también llegaron al romanticismo, entre ellos cabe destacar: la actitud despectiva de la dama (lo inaccesible de la amada); el amor entre desiguales (dama-paje); la manifestación del ideal de belleza a través del retrato femenino; el apartamiento del mundanal ruido y el paisaje bucólico como Edén arcádico; la declaración amorosa; la Edad de Oro basada no sólo en un paisaje idílico, sino también en la naturaleza inocente de los seres que lo pueblan; la alabanza de aldea y menosprecio de corte y la aparición de figuras fantásticas, en este caso, silfos.

El gusto romántico por incluir en sus relatos seres fantásticos o ultraterrenos fue suavemente ironizado por Arolas en el poema titulado «El Silfo», tenue parodia del amor trovadoresco, donde el poeta se recrea en una atmósfera misteriosa. En «El amor y la Cantárida» el ser fantástico es el mitológico Cupido, también parodiado al encontrarse «en baja forma».

A este amplio grupo de poemas festivos de temática amorosa cabría añadir el titulado «El tocador de Elisa», en el cual se parodia la consabida escena de la dama que se contempla ante el espejo y es arreglada por una servidora para asistir a un baile muy apetecido. Hay que destacar el detallismo con que Arolas describe la escena:

Vamos, Laura, y al espejo
pediremos el consejo
Y el alíño
Y a tus manos siempre fieles
Deberá nuevos laureles
Mi cariño. (III, 212)

Al tono de burla general se suma el fragmento final en el que se nos relata el funesto accidente:

Sobre su seno turgente Salta un
carbón encendido, Que en su
gasa transparente Se ceba, y en
su vestido.

El baile no verá Elisa
Del embajador de Francia. (III, 214)

Otro grupo de tres poemas parecen indicar por sus títulos que se refieren a la temática de las adivinanzas u horóscopos, pero en realidad no se limitan a ello. Así en «El astrólogo» se produce una retahíla de respuestas atinadas que dicho personaje ofrece, mostrando su inteligencia natural. En el poema «El vaticinio» la ironía a lo largo del texto y el tono desiderativo de los finales de estrofa configuran su carácter burlesco. Y «El horóscopo por las cartas» versa sobre el tema del paso del tiempo, dando una peculiar visión, anticipada, a través de las cartas, de lo que será la vida de una damisela.

De forma similar al anterior, en «Liseta o los cinco pisos» se nos cuenta, autobiográficamente los avatares de una mujer, el tránsito de la cuna a la vejez le sirve para realizar una sátira de las costumbres sociales, al igual que hace en «El viejo y las cuentas», poema en el que una variante de un motivo cómico quevedesco provoca la sonrisa:

Si otro dijo con verdad:
«Yo me llamo Juan Palomo,
Me guiso lo que me como»⁴ (III, 228)

«La ayuda del Conde de Bonavente» tiene también cierto tono quevedesco, tal vez por lo atrevido en la descripción de una escena un tanto grosera, y en que lo cómico se manifiesta con la frecuente aparición de la risa.

Los pocos poemas festivos omitidos no realizan una crítica despectiva de elementos o rasgos propiamente románticos, pues ello está reservado a los poemas festivos de tema amoroso.

Lomba afirmaba que: «En el estudio atento de un hombre es interesante siempre el género y alcance de su risa»⁵.

⁴ En concreto el poema de Quevedo titulado «Letrilla satírica»: Yo me soy el rey Palomo: yo me lo guiso y yo me lo como.

En *Poesía original completa*. Edición de J.M. Blecua. Planeta, Barcelona, 1981, p. 688.

⁵ *El P. Arolas. Su vida y sus versos*. Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1898, p. 236.

En el caso de Arolas lo importante es que no renunció a ella, aunque no fuera para lo que estaba mejor dotado, por ello su sentido del humor no dio más que una sonrisa socarrona y un desenfado satírico que no le ha permitido situarse, dentro de la poesía cómico-festiva, en un lugar de mayor importancia en la literatura española, tal como consiguiera en la línea poética de romanticismo «grave», serio, especialmente con las orientales y la poesía amorosa en general.

JOSÉ SERVERA BAÑO
Universidad de las Islas Baleares